

QUIERO evitar en este artículo realizar el análisis de la situación política y económica partiendo de cómo se ha producido el cambio en este país, por estar, pienso, muy manoseado y perfectamente comprendido por la mayoría de los españoles.

Lo realmente cierto y preocupante es que, como consecuencia de la grave crisis económica que padece nuestro país, el paro aumenta de una forma angustiosa, y lo que es peor, que no se adoptan las medidas necesarias para dar solución a este problema.

Los pactos de la Moncloa están a punto de concluir y a estas alturas están sin cumplirse cuestiones fundamentales, como los planes para el fomento del empleo juvenil. No se ha llevado a cabo la reestructuración integral de los sectores industriales en crisis. No se han establecido los mecanismos de control y saneamiento de la Seguridad Social. El estatuto de la empresa pública aún está sin hacer. Los planes de construcción de viviendas y centros escolares todavía no se han comenzado. Etcétera.

La gente, efectivamente, se pregunta: ¿después de los pactos de la Moncloa, qué y para qué? Y aunque es verdad que la mayoría de los españoles están de acuerdo con la política del consenso, existe, ciertamente, ese interrogante importante de para qué sirven el consenso y los pactos si luego el Gobierno no los hace cumplir.

Por otro lado, la situación política no termina de aclararse. Continúan los atentados terroristas y las declaraciones y actuaciones de jefes del Ejército y la Policía, con destituciones de algunos de estos mandos. También Fraga, vociferante y fascista, aprovecha la ocasión para ofrecer su solución llamando al golpe de Estado y, si es necesario, a la guerra civil.

Está claro que, en medio de esta situación, unos acuerdos políticos y económicos negociados por las centrales sindicales, partidos políticos, patronales y Gobierno son necesarios para buscar soluciones válidas.

Es cierto que la experiencia que tenemos los trabajadores respecto a los pactos es una experiencia positiva, ya que los de la Moncloa contenían importantes aspectos, fundamentalmente en lo socio-político; en lo económico, permitieron mantener el poder adquisitivo de nuestros salarios. Y también supusieron, esto es innegable, un importantísimo factor de estabilización política en unos mo-

mentos en que el peligro de involución estaba latente.

No obstante, el desencanto de la gente se produce cuando ve pasar el tiempo y los acuerdos de la Moncloa no se cumplen en su inmensa mayoría. Ante ello, el Gobierno tiene gran responsabilidad por el incumplimiento de los acuerdos, ya que a él le correspondía hacer que se cumplieran.

Pero no sólo el Gobierno. La oposición tampoco ha jugado el papel que le correspondía. El PSOE se negó a crear unas comisiones de control y seguimien-

LA CLASE OBRERA EN LA SITUACION ACTUAL

Fidel Alonso

(Secretario general de la Unión Sindical de Madrid-Región de CC. OO.)

to para que los acuerdos se cumplieran. Y otros partidos, tras firmarlos, se han olvidado de ellos inmediatamente.

Ante esta situación, la conclusión es muy clara. Es válido y necesario seguir con la política del consenso y negociación, estudiar en todo momento los acuerdos que nos saquen de los problemas que padecemos y establecer un orden de prioridades. Y en este sentido hay que establecer, en primer lugar, un programa de emergencia contra el paro que le asegure a todo trabajador sin empleo un subsidio con el que puedan vivir las familias afectadas, y crear los puestos de trabajo necesarios para hacer desaparecer de nuestro país esta plaga que tan graves repercusiones sociales está teniendo ya (aumento alarmante de la delincuencia, fundamentalmente juvenil; el consumo de la droga, que ha alcanzado ya niveles muy altos; alborotos callejeros, etcétera). Hay que mantener el nivel de vida de los trabajadores y mejorar los salarios más bajos.

Es fundamental que se establezca un plan para el cumplimiento de los pactos de la Moncloa en su totalidad, y que sirva como base a unos acuerdos políticos y económicos para tres o cuatro

años; negociados, como he dicho antes, con los partidos, Gobierno, patronales y centrales sindicales, y crear los órganos de control y seguimiento para que se cumpla lo acordado.

También es obvio que en esta situación debemos evitar los conflictos aislados, de larga duración, esforzándonos por encontrar salidas negociadas con la patronal, evitando plataformas que por la situación de crisis sean inviables. Esto no quiere decir, en absoluto, que renunciemos a las movilizaciones, ya que ésa es precisamente el arma fundamental, hoy, de la lucha de clases; pero sí tenemos que estudiar muy bien cada situación concreta para no meternos en callejones de difícil salida.

Tenemos que movilizarnos, y cuando hablo de movilizaciones no tiene por qué ser siempre la huelga, aunque por supuesto no vamos a renunciar a ella; pueden ser manifestaciones, concentraciones, etcétera, para que se cumplan los acuerdos firmados en la Moncloa y se vaya a la firma de otros de más larga duración.

Hay quien dice que las movilizaciones son un factor que agudiza la crisis y contribuye a la desestabilización. Hay datos para afirmar lo contrario: las movilizaciones de masas han sido, fundamentalmente, las que han forzado el cambio en este país. Fueron las huelgas y manifestaciones las que en el 77 frenaron el intento de los ultras, que con los asesinatos de Atocha, de los guardias civiles y policías, trataban de impedir el proceso democratizador. De nuevo, la gran manifestación convocada por las centrales sindicales el 6 de octubre de 1977 contra la carestía de la vida, los expedientes de crisis y el paro, obligó al Gobierno a convocar a los partidos políticos y llegar a unos acuerdos para dar solución a los problemas.

Es evidente que la huelga prolongada, en momentos como los que atravesamos, puede tener resultados funestos para cualquier empresa; y si ésta es generalizada, los efectos serían negativos para la economía nacional.

En definitiva, si todas las capas y clases que componen la sociedad no se comprometen a acabar con la crisis económica y dar una solución al paro, con vistas a la estabilización y profundización de la democracia, la clase obrera tendrá que movilizarse de forma responsable y, en esas circunstancias, los efectos no serán desestabilizadores, sino todo lo contrario. ■